

SUPLEMENTO

BOLETIN DEL INSTITUTO DE FILOSOFÍA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Director: EMILIO GOUIRAN

Año I.

Noviembre - Diciembre de 1934

Número 4.

En este número del Boletín del Instituto de Filosofía se publican dos textos. El primero es de un místico árabe — Al - Hallay — y ha aparecido en el *Journal Asiatique*, en el cual se recogen memorias y noticias relativas a los estudios orientales.

Investigación de la Verdad por la Luz Natural

Que por sí sola y sin socorro de la religión o de la filosofía, determina las opiniones que debe tener un hombre común acerca de todas las cosas que pueden ser objeto de sus pensamientos, y penetra en los secretos de las ciencias más curiosas

PROLOGO

No es necesario que el hombre corriente haya leído todos los libros ni que haya aprendido con cuidado todo lo que se enseña en las escuelas; más bien sería un vicio de su educación si hubiese consagrado demasiado tiempo a las letras. Hay otras cosas que hacer en la vida y él debe dirigirla de manera que la mayor parte le quede para emplearla en tales acciones que su propia razón debiera enseñarle, si no recibiese lecciones más que de ella sola. Pero

viene ignorante al mundo, y como los conocimientos de su primer edad no tienen otro apoyo que la debilidad de los sentidos o la autoridad de los maestros, es casi imposible que su imaginación no esté llena de una infinidad de pensamientos falsos antes de que la razón pueda tomar su imperio sobre ella de tal modo que, por consecuencia, hay necesidad de un buen natural o de frecuentes lecciones de un hombre prudente, tanto para librarse de las falsas doctrinas que se han apoderado de su espíritu como para echar los primeros fundamentos de alguna ciencia sólida, y descubrir todos los caminos por los cuales puede elevar sus conocimientos hasta el grado más alto que puedan alcanzar.

Es esto lo que yo me he propuesto enseñar en esta obra. He querido poner al día las verdaderas riquezas de nuestras almas abriendo a cada uno el camino que le hará encontrar en sí mismo y sin pedir prestado nada a las otras, la ciencia que le es necesario para reglar su vida y para adquirir luego, todos los conocimientos más curiosos que el espíritu humano pueda poseer.

Pero por temor de que, desde el comienzo, la grandeza de mi designio no sorprenda a vuestro espíritu con un asombro tal que no deis fe a mis palabras, os advierto que lo que yo emprendo no es tan fácil como podría imaginarse; pues los conocimientos que no pasan el alcance del espíritu humano están unidos entre sí por un lazo tan maravilloso y pueden deducirse los unos de los otros por consecuencias tan necesarias, que no hay necesidad de mucho arte ni sagacidad para encontrarlos, siempre que se sepa comenzar por los más simples y elevarse por grados hasta los más sublimes. Es esto lo que yo trataré de demostrar aquí con la ayuda de una serie de raciocinios tan claros y tan vulgares que cada uno podrá juzgar que si no ha descubierto las mismas cosas que yo, se debe únicamente a que no ha echado la vista por el mejor lado ni fijado sus pensamientos sobre los mismos objetos que yo, y que yo no merezco más gloria por haber hecho esos descubrimientos que un campesino por haber encontrado por casualidad a sus pies un tesoro que desde largo tiempo hubiese escapado a numerosas búsquedas.

Y, por cierto, me asombro que entre tantos excelsos espíritus que hubiesen tenido éxito en esto mucho mejor que yo, no se haya

encontrado ninguno que se haya dignado llevar su atención a ello, y que casi todos hayan imitado a esos viajeros que, abandonando el camino real para tomar un atajo, erran entre las zarzas y los precipicios.

Pero lo que yo quiero examinar aquí no es lo que otros han sabido o ignorado. Bastará notar que, cualquiera sea la ciencia que podamos desear, aunque sea encerrada en los libros, lo que ellos tienen, sin embargo, de bueno, se encuentra mezclado a tantas cosas inútiles y dispersado en una masa de tan vastos volúmenes, que nos sería preciso, para leerla, más tiempo del que la vida humana nos concede y más grandes esfuerzos de espíritu para extraer sus cosas útiles que el que es preciso para encontrarlas por nosotros mismos.

Tengo lugar, pues, a esperar que el lector no se enfadará por encontrar aquí un camino más fácil y que las verdades que yo voy a emitir no serán rechazadas, aunque no las pido prestadas ni a Platón ni a Aristóteles; pero que ocurrirá con ellas como con las piezas de moneda, que no tienen menos valor cuando salen de la bolsa del campesino que cuando salen del tesoro público. Por otra parte, he puesto todos mis cuidados en hacer estas verdades igualmente útiles a todos los hombres; y para este fin no he podido encontrar estilo más conveniente que el de esas conversaciones en que cada uno expone familiarmente a sus amigos la mejor parte de sus pensamientos; y bajo los nombres de Eudoxio, de Políandro, de Epistemón supongo un hombre dotado de espíritu mediocre, pero cuyo juicio no está corrompido por ninguna opinión falsa y cuya razón está aún tal como la ha recibido de la naturaleza; y que, en su casa de campo, donde habita, es visitado por dos de los hombres de este siglo más ávidos de conocimientos y cuyo espíritu es el más amplio, no habiendo uno estudiado jamás y sabiendo el otro, al contrario, muy bien todo lo que se puede aprender en las escuelas. Y aquí, entre otros discursos que cada uno de ellos podrá imaginar por sí mismo o que le proveerán las circunstancias de lugar y todos los objetos ambientes, entre los cuales les haré tomar a menudo ejemplos para hacer sus concepciones más claras, aquí, digo, establecen de esta suerte el tema que tratarán hasta el fin de estos dos libros.
